

RESEÑAS DE LIBROS

LOPE DE VEGA, *Triunfo de la fee en los reynos del Japón*, J. S. Cummins, ed., Tamesis Books Limited (London, 1965), XLIX, 116 pp.

“Contradiciéndose los historiadores modernos los unos a los otros, ponen la verdad en duda.” Con ésta, una de sus *sentencias más notables de este discurso*, Lope de Vega expresa el dilema de su tiempo. Simboliza el ambiente de su obra, escrita cuando el Imperio Español ya estaba en visperas de su derrumbe y se creía todavía defensor de una ley que era el fin del derecho [no de la justicia] y la obra del príncipe, quien —a su vez— era imagen de Dios. Por eso, y a pesar de que el intento de un retrato de un Japón bárbaro aparejaba muchas contradicciones, esta obra polémica de Lope, no tiene interés solamente por ser de Lope, como sostiene el editor. Corresponde a una coyuntura intelectual y un fracaso político inminente de la misma España que, mientras vio puesto en duda su derecho de divulgar sus doctrinas políticas e ideas religiosas en el lejano Japón, ya tenía que prepararse para contratiempos semejantes en el mundo europeo.

Antes que nada, esta nueva edición provoca dos preguntas: la una, más bien formalista, se refiere a la idoneidad de una presentación del libro en español con una introducción y notas en inglés; la otra, más básica y sustancial, a la aceptabilidad de un aparato erudito que no trata demasiado de penetrar el ideario de ambos bandos en una situación de conflicto cultural. Es un hecho que el reunir muchos datos acerca de una situación histórica no es lo mismo que hacer su “contenido”, su sentido humano, más comunicable.

La *Tamesis Books Limited*, empresa londinense, ha dado ya a luz varias obras de interés hispanista y tiene aún otras en prensa. Dado el interés documental del *Triunfo*, y la escasez de obras bien editadas en español sobre la actuación de España en el Asia, cabe preguntar si esta edición “bilingüe” no sirve solamente para restringir el alcance de su difusión. Los estudiosos de habla inglesa, de todos modos, tendrán que tener bastante conocimiento del español para manejar el texto de Lope, mientras aquellos cuyo idioma sea el castellano, que no manejen con facilidad el inglés, se toparán con un obstáculo al leer la introducción y las notas eruditas del

editor. Si bien los fines de la editorial son otros que los de gran divulgación, a nosotros nos parece una lástima limitar así el acceso a la obra.

Ahora bien, en cuanto a la otra problemática ¿hasta qué punto puede una reedición crítica de una obra de los principios del siglo xvii, que trata de un conflicto de valores culturales, evadir adentrarse en las bases de tal conflicto? Si bien el editor narra adecuadamente en sus notas los hechos como los viera un cronista relativamente imparcial, pero con grandes prejuicios, tomando como base los autores de la Iglesia, hace falta irse más al fondo. La problemática trasciende aún la ya bastante dramática confrontación entre misioneros españoles y oficiales del gobierno japonés. Es el encuentro entre el imperio del sol naciente —todavía muy naciente y muy poco imperio— y la vanguardia de la expansión europea que llegaba desde el este y el oeste, para hacer del Japón un campo de las rivalidades entre casi todos los representantes de la actualidad europea. Si bien Lope, tendiendo ya a la negación gongorista, no se daba plena cuenta de la complejidad de la situación, tampoco le interesaba gran cosa como tragedia humana, aparte de estar prisionero de lugares comunes sobre el Japón y de la historia antigua, el lector de hoy pierde mucho al no estar señalado este defecto trágico. Si lamentamos la falta de penetración del trasfondo cultural en el caso del Japón, lo lamentamos aún más en la instancia de la situación española. A pesar de oír mucho de las intrigas personales alrededor del autor y de sus remordimientos como sacerdote, por haber preñado a su amante, hace falta relatar esta constelación histórica que hizo —como tan atinadamente dijo Menéndez Pidal— que se situara Lope de Vega entre Cervantes y Góngora. El uno, grande y dramático, acaba por morirse desengañado, mientras el otro llamaba a la juventud hacia una frontera que no ampliaba el horizonte, sino que se acababa en sí misma, simbolizando el acomodarse a límites ya existentes, donde todo se redujera a un juego de palabras. Y así, traduciendo el epigrama latino de Vicente Mariner, para Lope el encuentro dramático de los valores en lucha, se reduce a un juego de palabras donde la forma pulida vale más que el contenido concreto:

En otro tiempo volvía
El Japón a la Cruz Santa
Las espaldas, y también
Vuelve ahora las espaldas...
Clavado en ella las vuelve

El Japón a la Cruz Sacra
 Que no pudieron clavarle
 A no volver las espaldas;
 Y así ahora estrechamente
 Por imitación la abraza;
 Que la Cruz Sagrada quiere
 Más que el pecho, las espaldas

Así, lo que podría haber sido una revolución de valores encabezada por frailes descalzos, se redujo a un acto simbólico de poco valor práctico para los japoneses, que al dar sus espaldas, cargarían con el peso de haber creído en una nueva doctrina que ya había perdido su fuerza impulsora, al ligarse estrechamente a los intereses del Imperio Español y de la Iglesia Contrarreformista.

Quizá el ejemplo más cabal de la falla en lograr retratar la situación intelectual contemporánea, lo representa la identificación de Giovanni Botero como geógrafo. Merece este título por haber escrito su *Relationi Universali* (Roma, 1591-96), pero su papel histórico más importante, lo desempeñó como autor neo-maquiavélico, al escribir *De regia sapientia* (Milán, 1583) y *De la razón de estado* (Madrid, 1593), que influyó sobre la mayoría de los príncipes católicos de su tiempo. En todos sus escritos, tanto como en los del padre jesuíta Mariana —a quien dedica Lope su *Triunfo*— la medida no es el hombre universal, sino el europeo, y además, de una Europa que acepta las reglas de la Contrarreforma.

Dada la falta de penetración al ambiente intelectual de España y del Japón en la introducción y en las notas, no es sorprendente que aparezcan —otra vez— todos los argumentos conocidos sobre japoneses y españoles en la circunstancia de su primer encuentro. Por supuesto, “se puede esperar que los japoneses sean crueles”. Está presente —también, otra vez— la idea de que la política contra la intrusión de los padres extranjeros, formulada en 1587, se debía al hecho de que un converso japonés resistió los avances homosexuales de Hideyoshi, y de que Nobunaga trató de vencer al budismo con la ayuda de la cristiandad, términos, por cierto, demasiado concretos por un lado y muy abstractos por el otro, para entender las fuerzas complejas que influyeron en las motivaciones de los primeros unificadores del Japón al formular una política proto-nacional. De los frailes oímos que conocían solamente los métodos de los conquistadores; nos encontramos, nuevamente, el mito del piloto de San Felipe para explicar la tragedia en Tosa y la política anti-española de Hideyoshi, como si los mismos argu-

mentos no hubieran sido expresados doce años antes por los jesuitas, entre ellos el visitador Valignano.

Curiosa, y un poco impertinente para el mundo no anglosajón, resulta la insistencia en la compasión por los animales promovida por la doctrina budista entre los japoneses, cuando el editor discute las crueldades de la inquisición, de la costumbre del *suttee* de los hindúes, de la persecución anti-católica en los países protestantes y en el Japón.

Hay observaciones muy acertadas, como la de que los jesuitas, en su mayoría, concentraron sus esfuerzos en la conversión de la clase alta del Japón; otras dudosas, como la de que el motivo para que los frailes desearan irse al Japón provino de las cartas y relaciones de los jesuitas ya en el país. Hay otras, definitivamente no aceptables, como la de que el señor de Tosa era un converso. También la ilustración que se identifica como de un guerrero del siglo xvii y resulta ser de Minamoto no Yoshihira, que vivió de 1141 a 1160.

Hay, sin embargo, una gran aportación a la crítica del texto de Lope. El editor identifica con cuidado las instancias en que el escritor peninsular seguía las relaciones del padre dominico Orfanel, que también fue martirizado en Japón, en las cuales se basa el *Triunfo*. Así pudo llegar a la conclusión de que "es irónico... encontrarse con el hecho de que [un crítico de literatura inglesa] ensalzando un pasaje del *Triunfo* como ejemplo de la habilidad de Lope de escribir con discreción y mesura, escogió —desafortunadamente para su tesis— como modelo, un párrafo que fue tomado casi literalmente de [la relación de] Orfanel".

Entre las muchas cosas bien hechas en esta edición, se destacan los puntos sobre Lope como escritor, no como representante de la actualidad española de su tiempo. El mero hecho de que el drama político-cultural de la persecución japonesa se convirtiera para Lope sólo en un vehículo exótico para decir cosas ya aceptadas y dichas, *El Triunfo* documenta la falta de verdadera comunicación entre el mundo hispánico (y euro-americano) y el asiático y japonés, que todavía existe y de la cual, esta edición, a pesar de grandes esfuerzos eruditos, es también ejemplo.

LOTHAR G. KNAUTH

*Autónoma de México
Universidad Nacional*

IDRIES SHAH, *The Sufis*. Doubleday and Company Inc., New York, 1964. 483 pp.

El lector occidental que se acerque a esta obra debe tener muy presente lo que declara el autor en su prefacio. "The last thing that is intended in the writing of this book is that it should be considered animical to scholasticism or to the academic method. . . . the way of the Sufis cannot be understood by means of the intellect, or by ordinary book learning. . . . That this fundamental has not prevented them from trying to bring Sufism within the compass of their own understanding in a tribute to their intellectual honesty and their faith in their own system of examination."

Hay que reconocer que este planteamiento es perfectamente legítimo, y está bien fundamentado por la naturaleza de las doctrinas propias del sufismo, cuya finalidad no es especulativa (aunque no desprovistas por cierto de valor doctrinal), sino constituyen esencialmente un camino espiritual, que implica una transformación de la mente y una integración del ser que sobrepasa las posibilidades de cualquier exposición ordenada de ideas mediante una elaboración racional.

Nos guardaríamos bien de juzgar, desde el punto de vista de la mentalidad universitaria occidental la obra de un autor que es, él mismo, un eminente Sufi Pakistano, Gran Sheikh y además hijo del Nawab de Sandana. Agregaremos que no solamente su autoridad como Sufi, sino también su perfecto conocimiento de aquellos métodos académicos que él rehusa emplear (Nawab-Zada Sayed Idries Shah el-Hashimi reside en Londres desde varios años y conocemos otras valiosas obras de él) son razones más que suficientes para no discutir su premisa. La crítica, nuestra crítica, no puede impugnar la forma mediante la cual se ha concebido una obra. Puede opinar tan sólo sobre todo lo que en la obra se halla objetivamente. Esto es lo que intentamos hacer y sin ningún prejuicio, como lectores interesados en el asunto.

En primer término observaremos que el estilo de Idries Shah no está desprovisto de peculiaridades sugestivas, que se expresan en un lenguaje versátil y variado, rico de matices humorísticos y a la vez penetrante, que desdeña el rigor de la lógica y emplea métodos análogos a los escritos de los maestros taoístas o del Zen. Intenta —y creemos que lo logra muchas veces— establecer una cierta familiaridad con la mente y con la imaginación del lector.

Se trata de un libro inteligente, escrito para lectores inteligentes.

Hay muchas cosas “entre líneas” y cosas dichas a medias para la captación que solamente un lector despierto y meditativo puede alcanzar.

El tema central, según nos parece, que flota en toda la obra, es aquel de la naturaleza universal del sufismo, que el autor no presenta tan sólo como una “mística” o una metafísica del Islam, sino como una concepción análoga a la del Sanāthana Dharma de los hindúes; algo que no sería una “religión” o una “mística” o una “metafísica”, sino todo aquello y algo más. Algo —en cierta manera— no clasificable dentro del vocabulario que se maneja en general al tratar asuntos de esta índole.

Sin embargo, y a pesar de todos los méritos que tiene un libro como éste (que por supuesto no es un “libro más” sobre el tema del sufismo), hemos tenido que plantearnos algunas preguntas que creemos inevitables. No por falta de comprensión, sino por la coherencia que implica la afirmación de principios hecha por el mismo Sheikh, que hemos citado textualmente al inicio de estas líneas.

Al rechazar los métodos escolares o académicos, el Sheikh renuncia evidentemente a la aplicación del método de la crítica histórica, como también a los métodos filológicos en uso en nuestros ambientes universitarios. En este último sentido, no nos han chocado las asimilaciones simbólicas que figuran en el apéndice de muchas palabras árabes; asimilaciones que no son —como algunos dirían “falsas etimologías” o “juegos de palabras” sino aplicaciones de un método que corresponde al exégesis del Nirukta hindú cuya razón de ser se explica en función del simbolismo y queda —dentro de este cuadro— perfectamente comprensible.

Lo que sí no podemos entender es la preocupación evidente, especialmente algunos capítulos, de afirmar en forma apodíptica y sin ningún respaldo de fuentes, influencias muy extensas y variadas del sufismo en Occidente. No negaremos “a priori” todo lo que dice el Sheikh a propósito de estas influencias; pero lo que le objetamos es haberlas afirmado en forma rotunda ofreciendo argumentos que en terreno histórico cultural aparecen débiles y muy discutibles.

Nuestro respeto por ciertas tradiciones espirituales nos lleva precisamente a objetar la misma preocupación de quererlas situar en un terreno histórico lo que no constituye tan sólo un empobrecimiento y una temporalización de cosas que se deben ver en la esfera de la Unidad, la que sola las puede explicar. Hay algo más;

en el terreno histórico, la documentación de estas afirmaciones de carácter general es ineludible. No se puede rechazar por un lado la perspectiva histórica y al mismo tiempo hacer afirmaciones de tipo histórico. No es lógico decir que se rechaza "a priori" lo que luego se emplea, casi de contrabando.

Por ejemplo; atribuir a la influencia de los sufis el origen de la Orden Franciscana en sentido histórico, implica examinar toda una serie de circunstancias, que no se pueden agotar simplemente con el viaje de San Francisco a Oriente y algunas analogías que presentan los franciscanos con las cofradías de los sufis. No negamos la posibilidad de tales influencias, y podemos agregar que habría que estudiarlas en relación también con los trovadores y los juglares —pero de ninguna manera esto excluye que tales analogías (por ejemplo entre el espíritu franciscano y la Malamatiyah) se puedan explicar de otra manera. ¿Qué opinaría el autor si —basándonos en una argumentación tan general y no documentada— afirmáramos que el sufismo se deriva de ciertas corrientes taoístas? Las analogías existen y con ese método se podrían igualmente "demostrar".

No somos positivistas, sino todo lo contrario. No creemos que existen tan sólo "verdades históricas". Pero si hay verdades que pertenecen a otro orden, su "demostración histórica" está fuera de lugar. Y si se quiere hablar en términos históricos, las exigencias de un aparato crítico son ineludibles. Lo que un autor contemporáneo, refiriéndose a la historia judía, ha llamado "*historia subterránea*" puede ser objeto de estudio y de opiniones cautelosas, pero no de afirmaciones rotundas, para las cuales se exige el estudio y una larga y seria investigación. Aun lo probable, en la historia, exige algo más que el simple sentido común. Y sobre todo, como lo sabe muy bien el Sheikh, hay muchísimas cosas que la historia nunca podrá explicar.

ONORIO FERRERO

*Universidad Mayor de San
Marcos, Lima, Perú*

EDGAR SNOW, *La China contemporánea. El otro lado del río.*

Traducción al español por Julieta Campos. Colección Popular/Tiempo Presente, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1965, 2 vols., 504, 488 pp.

Quien ha leído las obras de Edgar Snow y seguido los acontecimientos que han dado la sustancia de sus escritos, sin duda se ha

dado cuenta de que este autor no es un periodista más, o un estudioso historiador rastreando algún aspecto de la rica veta asiática; sino que Edgar Snow es algo más, es un participante activo y un testigo de la historia contemporánea de China y sus escritos dan fe de ello. *Red Star Over China*, el primero de sus libros le colocó desde ya en un lugar preeminente, y el libro mismo no ha tenido rival hasta ahora, constituyendo un documento de primerísima clase si uno quiere conocer el proceso por el cual China se convirtió en una República Popular. En las páginas de ese libro se puede leer la única autobiografía que Mao Tse-tung mismo relató a Snow, biografía que, por cierto, ha sido reproducida y parafraseada en varias otras publicaciones. A ese libro siguieron otros recogiendo todas las experiencias, andanzas y entrevistas que Edgar Snow tuviera durante los años azarosos de la lucha entre el *Kuomintang* y el *Kungch'antang* o Partido Comunista Chino por el poder en China. Así aparecieron *Random Notes on Red China* (1957) y *Journey to the Beginning* (1958) además de varios artículos aparecidos en publicaciones especializadas.

Ahora Snow nos da el resultado de sus observaciones y experiencias de su última visita a China en 1960, a la que fue admitido por decisión de Pekín y no sin dificultades de Washington ante su solicitud, en su último libro que él llamó en inglés *The other Side of the River. Red China Today*, cuya traducción al español ha realizado el Fondo de Cultura Económica. Con este libro, el Sr. Snow nos sirve un sobrecargado platillo por la variedad de tópicos y datos, constataciones y entrevistas que en verdad se necesita tiempo para digerirlo y asimilarlo, antes de poder sacar conclusión alguna.

Edgar Snow ha viajado y visto más de China que cualquiera de los que en la actualidad se ocupan de estudios sobre este país. Lo que él vio, oyó y habló en sus largos viajes a los más distintos lugares, lo fue recogiendo en multitud de notas que a la postre formaron un capítulo en cada aspecto, y que, tal vez con toda intención, fueron apenas retocados antes de hacer un libro, en el cual no es posible percibir un orden determinado. Esto, sin embargo, no deja de añadir al libro de Snow cierto atractivo porque habla de una espontaneidad, no de un plan predeterminado, al constatar por sí mismo lo que es China hoy día, cuáles han sido sus logros, cuáles sus dificultades más grandes, etc., por comparación con aquel país postrado y revuelto que él recorriera en su primera visita en 1937.

Sin embargo, uno puede preguntarse cuál fue el objetivo de Edgar Snow al escribir el libro que nos ocupa. El autor mismo, quizá a guisa de prólogo, como explicación de motivos, transcribe al iniciar su libro un párrafo de la obra de Alexis de Tocqueville "La Democracia en América" haciendo suyas, creemos, las palabras citadas. Por lo mismo podemos decir que la finalidad que hubo al escribir el libro y en el viaje mismo de Snow a China no fue otra que la de ofrecer una imagen fiel y de primera mano de lo que pasa en China actualmente. Harto sufrimos de una información tergiversada, equívoca y tendenciosa de todos lados, como para poder apreciar lo que Snow nos ofrece en su libro que, hasta donde es posible decirlo, creemos es la verdad desnuda, nos guste o no, de lo que pasa hoy día en China. Y nadie pudo haberlo hecho mejor. Se necesita, para empresas de este tipo, una persona que goce de la buena voluntad del grupo en el poder, y hable el idioma vernáculo lo suficiente como para ponerse en contacto con la gente, así como que haya estado con anterioridad en el sitio, para poder ser capaz de comparar lo actual. Edgar Snow reúne todos esos requisitos indispensables, por lo que su libro tiene toda la autoridad de un testimonio.

El libro está dividido en 7 partes y 75 capítulos seguidos de un epílogo y varios mapas de China que ayudan a ilustrar los capítulos.

Aparte de las cifras y explicaciones estadísticas impresionantes que Snow ofrece en su libro, creemos que capítulos sumamente interesantes son los titulados "Ciencia y Educación" y "Veo al Ejército" de la Tercera Parte; "Los 800" y "Preludio a las 'cien flores'" de la Cuarta Parte del volumen I. En el volumen II, la Séptima Parte íntegra, que es apasionante en su lectura del conflicto entre China y Rusia. Pero esto es entresacar apenas algo de un conjunto de capítulos que son todos verdaderamente únicos.

Este libro extenso incluye muchas cosas; una narración vivida de los largos viajes de Snow a través de varias provincias que se prolongaron por un periodo de cinco meses, un tratamiento extraordinariamente comprensivo de cada problema o aspecto que a uno pudiera ocurrírsele sobre la China comunista, salpicado todo el libro con algunas críticas sutiles a la política de los Estados Unidos. Edgar Snow tiene el don, muy apreciable en un escritor como él, de comunicar con viveza de colores las impresiones de lo que ha visto, y aún sus opiniones y juicios que en ocasiones se desbordan

impetuosamente y llaman siempre la atención independiente de que se esté o no de acuerdo con ellos.

Entrar a la revisión de uno siquiera de los aspectos que trata Snow en su libro se hace difícil por la variedad de importancia de los temas tratados. Pero el lector debe analizar, de acuerdo con sus propios intereses, aquellos aspectos que pudiendo estar profusamente apoyados en datos estadísticos, necesitan de una explicación racional a la luz de la situación internacional actual. Esto lo decimos, porque el libro da la imagen de un complejo humano tan asombroso en sus logros y empresas, que el lector que ignorara el por qué de la insistencia con que muchos estadistas, políticos y observadores de la situación internacional piden la admisión de China en las Naciones Unidas, o la creación de algún organismo internacional lo suficientemente poderoso que haga formar parte de sí mismo a este país, encontrará una explicación abundante y realista en las páginas del libro de Snow.

Compartimos con Snow la esperanza de que alguna especie de orden internacional pueda terminar gradualmente con algunos de los absolutismos indispensables de nuestras ideologías socio-políticas. Muy certeramente señala que si hemos aprendido a mantener relaciones con los más diversos tipos políticos, uno puede esperar que China pueda ser incorporada a algún tipo de marco internacional.

Con todo lo anterior se ha dicho suficiente para darnos cuenta de que el libro de Snow contiene muchísimo más alimento intelectual que muchas obras de especialistas hoy día en los escaparates de las librerías, y que debe ser leído, presuponiendo la lectura anterior de, por lo menos, *Red Star Over China* (cuya traducción al español no sabemos si ya se ha hecho), en un esfuerzo por saber y entender lo que acontece en aquel país.

OMAR MARTINEZ LEGORRETA

El Colegio de México